

TEORÍA Y PRAXIS EDUCATIVA

por BARTOLOME RÖTGER AMENGUAL

A mi mejor maestro, a mi amigo: Melchor Rosselló



La *educación* —este complejo y sugestivo proceso de comunicación humana— ha pretendido siempre, desde unos *postulados científicos*, operar en el mundo de la *realidad*. Un mundo, que según *Trow*, está integrado por el ámbito de las *cosas*, de las *personas*, y de los *símbolos*. *Un mundo en el que la persona debe*

—vivir
—vivir consigo misma
—vivir con los demás

Siendo la educación un proceso específicamente *operativo y humano*, es sorprendente como en muchas ocasiones se ha conducido este proceso hacia unos dominios que entendemos muy alejados de la realidad. Así, se cae frecuentemente en la logomaquia pedagógica, en el mero verbalismo inútil, en una superada dialéctica artificiosa..., se cae simplemente en el terreno infecundo de la “literatura pedagógica”. Parece, efectivamente, como si existiera *un divorcio entre la teoría educativa y la praxis educativa*; como si lo que se explica desde la cátedra, no tuviera nada que ver con la realidad cotidiana de nuestros centros escolares.

Por el contrario, sucede también que la *práctica educativa*, anclada en la rutina diaria y deteriorada en la dura palestra del aula, *aparece desgajada de los grandes principios pedagógicos* que la sustentan y fragmentada por el *individualismo exacerbado desde un vacío organizativo*.

Evidentemente, ambas posturas son negativas. Ni es positivo desarrollar una teoría pedagógica aséptica desde la comodidad de un laboratorio, ni es bueno convertir la práctica educativa en un conjunto de habilidades y destrezas docentes. *Teoría y praxis son dos dimensiones de una misma realidad y ambas se interaccionan*. Deseamos hipótesis científicas de trabajo que desarrollen nuevos esquemas y teorías, que ofrezcan un soporte seguro y estimulante de la labor escolar. Deseamos también una práctica educativa que permita contrastar, en la realidad de la Escuela, la teoría pedagógica que se intenta aplicar.

Para nosotros, la realidad educativa no es sólo un mundo difícil, complejo y, en ciertas ocasiones, hostil que exige esfuerzo y fortaleza; es también una poderosa fuente de conocimientos y estímulos, de sugerencias y reflexiones. ¡Cuánto se aprende en la realidad de las escuelas! ¡Cuántas reflexiones se suscitan en contacto con los niños! Todo esto produce insatisfacciones, momentáneas desmoralizaciones y titubeos, pero también renovadas ilusiones y nuevas ideas operativas para aplicar y ensayar. Pero, de nada servirían todas estas experiencias, si no se dispone previamente de un esquema científico donde situar cada reflexión y donde organizar y clasificar las informaciones recibidas.

Por otra parte, la escuela —nuestra escuela— está ahí, presta a ofrecer su concurso a la teoría concebida desde importantes perspectivas científicas.

He aquí el punto de equilibrio: teoría y práctica, estrechamente unidas; cátedra y magisterio, perfectamente complementados; hipótesis y realidad debidamente contrastados; pedagogía y educación, al fin una misma cosa.

Para nosotros, la programación de la enseñanza por objetivos, puede y debe ser el instrumento capaz de fecundar la realidad educativa con los poderosos esquemas científicos. Y, al mismo tiempo, permitir que esta misma realidad aporte sus sugerencias, sus interpelaciones, sus experiencias... a la investigación.

Todo ello exige una organización previa, es verdad. Pero también exige más ilusión, más pasión, más fe en las posibilidades de la educación.

En este sentido, debo confesar que, en mi carrera profesional, he recibido más impulso científico y operativo de las personas que de los manuales al uso. Recuerdo perfectamente como en mis tiempos de estudiante de la *Escuela Normal*, hallé precisamente la persona capaz de estimular y desarrollar mi vocación pedagógica. Esta persona fue, sencillamente, el “profesor de prácticas”. *D. Melchor Rosselló Simonet*.

Las prácticas de enseñanza, realizadas bajo su dirección en la misma *Escuela Aneja*, eran un *prodigio de ciencia pedagógica y de práctica educativa*. En plena tarea docente, surgían reflexiones, estímulos, ilusiones, ideas... que luego se recogían en unos “Cuadernos”, en unas breves memorias. Precisamente, estas impresiones recogidas en el “cuaderno de memorias”, constituían el núcleo de nuevas investigaciones, de nuevas acciones. Y, una vez revisados, cuando retornaban a nuestras manos, encontrábamos siempre no sólo la idea y el principio pedagógico, sino también el ánimo ilusionado de un *gran maestro*: “¡Cuidado! No abuses de estos ejercicios porque cansarás a estos niños”, “Continúa investigando en este planteamiento que vas bien orientado!”, “Magníficas impresiones las que aportas: no te desvíes!”, “Trabaja más, ya verás como llegas! ánimo!”, etc., etc.

He aquí como, para mí, *D. Melchor* simboliza no sólo la ilusión de *ser maestro*, con todas sus grandezas y servidumbres, sino también este punto fecundo de fusión entre la teoría y la praxis. Su vida y su ejemplo, así lo atestiguan.